

EXALTACIÓN A NUESTRA SRA. DE LA ENCARNACIÓN

A cargo de

Miguel Ángel Moreno Domínguez

interpretaciones musicales por la

Banda Municipal de la Puebla del Río

Martes 26 de enero de 2010 21:30 horas Parroquia de San Benito Abad



PRESENTACIÓN DEL EXALTADOR
POR

Victor García-Rayó Luengo



24 de septiembre de 1970, ciudad de Sevilla. Viene al mundo Miguel Ángel Moreno, un niño que se criará en el barrio de Juan XXIII y que muy pronto sentirá en sus venas, por la crianza de sus padres, el amor cofrade que jamás le abandonará. Han pasado 39 años. Hoy estamos ante un hombre comprometido con su ciudad, con su profesión de periodista y con un mundo cofrade que siempre lleva en el corazón.

Miguel Ángel Moreno es hermano de Montesión, por su padre; de La Candelaria por su madre. Por sí mismo se enamoró y se apuntó en la Estrella, en el Calvario y en la Macarena. Además es hermano de Madre de Dios del Rosario, patrona de capataces y costaleros. El exaltador de la Virgen de la Encarnación que hoy ocupará este atril ha sido costalero durante 20 años en numerosas cofradías y aunque actualmente está retirado del palo, se sentirá costalero toda su vida.

Soltero en cuanto al estado civil, el periodista Miguel Ángel Moreno es de esos hombres que jamás habló de oídas, porque el exaltador que hoy nos acompaña ha vivido su ejercicio cofrade vital desde dentro. Miguel Ángel sabe bien lo que dice, y siempre lo dijo muy bien.

Su profesión le ha llevado a recorrer numerosos cargos y responsabilidades, pero jamás titubeó a la hora de estar ligado en cuerpo y alma a las cosas de Sevilla.

Sus comienzos profesionales vieron la luz en Radio Sevilla de la Cadena Ser, después pasó por el Correo de Andalucía, algo de tiempo en Onda Cero, luego en el Diario de Sevilla, en Localia Televisión de Córdoba y en Sevilla Fútbol Club. Actualmente, Miguel Ángel es jefe de programas de Giralda Televisión Digital.

A la Hermandad de San Benito le une un enorme cariño por varios amigos que actualmente ocupan cargos en la Junta de Gobierno, así como su devoción por las sagradas imágenes titulares. Miguel Ángel Moreno vive muy intensamente cada martes santo de Sevilla. Hoy estamos ante un cofrade que presume de serlo y un periodista que ha viajado por las arterias de la ciudad para conocerla y quererla con mucha profundidad.



Con una eterna sonrisa siempre en la cara, hoy le hemos encargado la tarea de exaltar a nuestro tesoro más precioso. Ahora tendrá que contarnos sus sentimientos, sus emociones, lo que le dicte el corazón. Se meterá una vez más debajo de la trabajadera de Sevilla para acercarnos a un texto que ha escrito con todo el amor del mundo.

Es pues la hora, querido Miguel Ángel, de exaltar a la Virgen de la Encarnación. Que tus palabras sirvan de bálsamo para el dolor de la madre de la Calzá. Que Ella te acompañe en este hermoso camino y que Dios te lo premie. Tuya es la palabra.

Muchas gracias.



EXALTACIÓN

A

NTRA. SRA. DE LA ENCARNACION

MIGUEL ANGEL MORENO DOMINGUEZ

26 de enero de 2010



ENCARNACIÓN

Desde siempre, mis primeros recuerdos tuyos son de una revista de Semana Santa, esa que cada Cuaresma nos traía la Caja San Fernando, en la que veía un palio granate bañado al sol del Martes Santo y una cara arrebatada de dolor. Con el paso del tiempo, ya andaba detrás tuya pero con túnica distinta, blanca de esparto acompañando a mi Señor de la Salud. Tu palio bajaba hacia San Pedro mientras yo esperaba en la plaza de Cristo de Burgos y luego te seguía. Eran casi tres horas viendo tu manto, intuyendo tu rostro, siguiendo tu estela de luz y música.

Los años luego hicieron que me acercara a ti a través de mi amor a la Semana Santa y mis amigos, muchos de los cuales hoy veo aquí. Y empecé a vislumbrar mucho más que una trasera de un palio. Empecé a valorar todo lo que Tú has vivido y representas en la Semana Santa sevillana: historia, tradición, devoción, ostracismo, gloria, Triana y Sevilla.

En tus manos han posado sus ilusiones generaciones y generaciones de sevillanos. Desde Pagés del Corro hasta Luis Montoto has volado, bella Palomita trianaera, regando de bondad y consuelo a esta ciudad. En la otra orilla del Guadalquivir te forjaste, tomaste el aroma de un barrio con una simiente especial, que hace grandioso un simple día a día.

De ahí, de tu origen trianaero te llega esa marcada personalidad, dolorosa y bella a la vez. Eres grande, porque grande son tus hijos. Y aunque ellos así no lo fueran, sólo por ser de ti ya se es eminente. Eres abrazo y consuelo. Eres alegría en la tristeza y llanto en el regocijo. Eres soberana aquí, pero a la vez tu reino no es este.

Siempre vigilante. Siempre con los tuyos. Cuando nuestro entorno se derrumba, tú estás para asirnos y darnos aliento.

Aunque antigua, por ti no pasan los años. Aunque contemporánea, en ti se encuentra el sabor de lo primitivo.

Tienes nombre fecundo. Once letras que silban al aire que respira tu gente. Eres parte del todo, pero sin ti, el todo no sería nada, Encarnación Coronada.



LA CALZADA

Cantan las voces populares de tus cantores que tu barrio ya no es barrio siquiera, que la ciudad crece, se alarga, se deforma, que pierde perfiles antiguamente añorados, que difumina su espíritu y su alma milenaria globalizándolo todo, mimetizando a otras ciudades habitadas por miles de personas, pero con escasa personalidad.

La Calzada, la calle Oriente como recuerdan siempre los más mayores, es extramuros, barrio dispersado entorno a esta su parroquia, que representa el corazón palpitante de su gente en el día a día. Quizás ya no entendemos esta zona como un barrio único, sus límites los modificamos y perdemos el referente de dónde empieza y dónde se acaba la Calzada, pero todo esto desaparece la mañana luminosa de cada Martes Santo.

Bajo el influjo de su convocatoria, abiertas de par en par las puertas de esta iglesia, Ella nos recibe, la mejor vecina del barrio, engalanada y preparada para pasear por Sevilla y proclamar que la Calzada existe, que no ha desaparecido con su puente, que la fe milenaria mariana de la calle Oriente está encarnada es esta Dolorosa que abre su pecho para dar cobijo a sus hijos más queridos.

Día de reencuentros, de renaceres, de volver a sentir el calor de un barrio perdido reencontrado bajo tu manto.

Las señas de identidad de las barriadas, de las poblaciones se marcan en sus calles, en el ambiente que su gente recrea. La Calzada, barrio añejo dónde los romanos ya abrieron sus vías para entrar en Híspalis, arrabal fundado por los visigodos en ese territorio fronterizo que marcan esas murallas que Julio César edificó y junto a su parroquia, ha sabido sobrevivir al paso del tiempo y a la generalización urbana gracias a su particularísima hermandad.

Sin San Benito quizás hoy la Calzada sólo sería una reseña en los libros de historia de la ciudad, perdido en el tiempo, como esas calles de la Viña, núcleo histórico del barrio que muchos descubrieron el día de tu gran gloria coronada.

San Benito es Lictores, Alerce, Campo de los Mártires. Pero también familias, generaciones de hermanos, primos, padres e hijos. San Benito es acueducto, y también Hermanitas de los Pobres. San Benito es Presentación



y Sangre, pero también es Encarnación, un palio sevillano de espumas de mar de flores entre varaes, reminiscencias trianeras en la Virgen dolorosa del Martes Santo por excelencia, cénit de la jornada, explosión de alegría, de felicidad, de orgullo de barrio que vuelve a tomar el centro de la urbe para proclamar a los cuatro vientos de la rosa sevillana que la Calzada existe para presentar a Cristo y María, Sangre de su Sangre.



MADRE DE DIOS

María es el vehículo que nos conecta con Dios a través de su humanización en la Tierra como Cristo. Dios se hizo hombre, vivió como hombre y como hombre sufrió y murió, resucitando como Hijo de Dios que es y dando sentido a esta vida. Gracias a ese Verbo hecho carne, el hombre siente más cercano aún la presencia de Dios. Y ese Verbo se materializó ante nosotros gracias a María. Ya lo recoge Lucas, “engrandece mi alma al Señor y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador, porque ha mirado la humillación de su sierva, pues desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho grandes cosas en mí”.

Y qué hay más grande que hacer de receptáculo de Dios en la tierra a la humilde esclava del Señor. Ahí nace esa grandiosidad de la devoción mariana, porque a través de la más sencilla de las creyentes accedió el hombre a ver a Dios entre nosotros.

Es la Encarnación el misterio definitivo, Dios asume la naturaleza humana, quedando unido para siempre con nosotros, sus hijos los hombres. Dios, a lo largo del Antiguo Testamento, guardó con celo su naturaleza trinitaria para manifestarlo como regalo precioso por vez primera en la Encarnación de la Virgen María.

Y en ti, Encarnación está todo: los cielos nuevos y la tierra nueva que está gestándose en tu vientre.

Y aquí, ante ti nos postramos y pedimos a través de ti la venida incipiente de Dios nuestro Señor. Tú, que eres sabiduría, que a través de los siglos nos ayudaste a comprender mejor ese arcano divino que es tu Hijo.

Tú, Adonai, Gran Señor, mi Señor de señores, Gobernante de todos que nunca dejaste solo a tu pueblo, al que te presentaron humillado y ensangrentado, que habitaste entre nosotros cargando con nuestro pecado original, ese que nos separó y por el que vagamos en este mundo y que gracias a tu redención un día limpiaremos para siempre.

Eres Renuevo del tronco de Jesé, bendito árbol de la Vida del que nació la Verdad de la Humanidad.



Llave de David, que fuiste la clave que abrió las puertas de Sevilla a los arrabales, primero desde Triana a través de las inestables barcas del puente y luego desde esta Calzada de gloria semanasantera cada Martes Santo.

Porque Encarnación eres ese Sol que resplandece en la fría oscuridad de este invierno de la Humanidad. Al calor de tu Verbo Encarnado buscan cobijo tus hermanos con la fe puesta en el Todopoderoso que hizo en ti el milagro.

Tú eres la Madre del Rey de las naciones, ese hombre que formaste del barro de la tierra, Emmanuel, que riges y reinas en Sevilla junto a tu madre coronada, que eres esperanza de las naciones y salvador de los pueblos.

Encarnación que proclamas la inconmensurabilidad de un Dios que aún siendo inabarcable en nuestra limitada mente, se confirma ante nosotros como signo querido y cercano gestado en tus entrañas, gozosa, canto vivo, plenitud divina, portadora de un Dios en crecimiento, la mujer que pone medidas a Dios y lo hace hombre. La Madre Sevillana del Señor.



MADRE DE LA FAMILIA HISPALENSE

Vivimos un tiempo de relativismo social, falta de compromisos, pérdida de valores (no sólo cristianos, sino humanos en general). El hedonismo se instala entre nosotros y las diferencias entre las distintas clases sociales aumentan en periodos de crisis. Los referentes cambian o desaparecen. La vida tiene menos valor que una llamada de móvil. La obligación se rehuye, cada vez se facilita más el aborto y todo vale.

Los católicos estamos siendo engullidos por una ola de laicismo conservador, acomodado. No es más progresista quien ayuda a eludir más responsabilidades, sino quien sabe actuar con moralidad y con sensatez, con compromiso.

Nos ven como rémoras para el avance de la sociedad y no se dan cuenta que somos vanguardia. En nuestra fe se cimienta la disponibilidad para con los demás. Como lo hizo María en su Encarnación, cuando pronunció “sí”, “Hágase en mí” con toda su alma, con todo su Ser, y lo hizo en nombre de todos nosotros, los que buscamos la salvación a través de su Hijo, el Salvador.

En aquel instante sucedió algo más grande que la creación del sol, las estrellas, los mares, montañas y de los mismos hombres y ángeles del cielo. En ti, Virgen de la Encarnación, el Hijo de Dios, el Verbo Eterno, la Palabra, el Salvador del mundo se hizo hombre, alimentándose de tu bendita Sangre, María, para presentarlo después a la humanidad. Y todo gracias a tú responsabilidad y acometimiento

Tú fundamentaste la Divina Familia, ahora que se vitupera el valor y esencia de la misma, tú que eres Madre de la Familia Hispalense encarnas todo lo que nuestra sociedad hoy necesita: entrega sin media, amor sin medida.

Igual que hacen día a día, con alegría, las Hermanitas de los Pobres, tus vecinas. Ellas fueron con todo merecimiento las madrinas de tu coronación, esa que abrió una nueva etapa de reconocimientos marianos, gloria de San Benito una mañana de diciembre en la Catedral.



Aún conservo en mi memoria ese supremo instante en el que monseñor Amigo Vallejo tomaba la presea de oro de las manos de Sor Cecilia y Pablo Gotor, y la colocaba suavemente sobre tus sienes. Era mi primera coronación como periodista y la emoción recorría la voz de los que allí nos convocamos.

Días antes habías paseado por Sevilla para llegar al gran templo metropolitano una fría mañana otoñal, en la que vivimos uno de los más hermosos momentos que se guardan en la memoria de las casualidades de esta bendita ciudad, capaz de regalarte instantes inolvidables sin esperarlo: aquel día, las obras te impidieron rezar el Ángelus ante la Inmaculada en la Plaza del Triunfo, pero lo hiciste de forma más emotiva y simbólica junto al convento que lleva tu nombre, ese que cada 15 de agosto desafía con su pequeño campanario a las grandes campanas de la Giralda anunciando la salida de la Virgen de los Reyes.

Y luego, tu gran gloria sevillana: Encarnación Coronada. Pétalos, Avenida llena de público, pasillo de estandartes en el andén de un Ayuntamiento que te devolvía al pueblo para llevarte a tu barrio, a tu Calzada que esperaba en la noche cerrada a que su faro llegara.

Recibiste todo lo que das. Porque tus fundamentos son los que nos guían. Ahora que nos perdemos en vaguedades, en un mundo acomodaticio, la Encarnación de la Virgen María demuestra que el amor y el convencimiento en la fe todo lo puede. Como dijo la ya Santa Juana Jugan: “Parece una locura, pero si Dios está con nosotros, eso se hará”.



MARTES SANTO INMATERIAL

Qué alegre se despierta el día. Cuanto goce, disfrute, cuanta felicidad desbordada muestra una mañana de Martes Santo en la Calzada. Y a la vez, cuanto recogimiento. La calle explota en un ir y venir de representaciones, desde la Policía Nacional entregando el Ángel Custodio que acompañará a la Virgen en su palio, hasta los más humildes ramos de flores, grandiosos en su devoción de miradas perdidas hacia su palio, con susurros de rezos que se elevan bisbiseando hacia la gloria efímera de su altar. Abuelos con sus nietos, padres primerizos que ya empiezan a enseñarle el camino de la gloria sevillana a sus hijos. Todos se concentran en esa locura de mañana que da paso a la calma antes de la tempestad hermosa de tu salida.

Pero a su vez hay casas, hay salones en los que los nervios se desbocan, a pesar de querer contenerlos. Es la ciudad de los contrastes en la expresión más natural, más cercana. Hay un mundo entre la calle y la casa.

Falta tiempo para vestir la túnica, para sentir la capa en los hombros y el calor del terciopelo morado en el rostro. No hay un calor que disfrutemos más que el del sol en Semana Santa, da igual los grados, da igual la sed, da igual todo. Calor, calor por favor, que el cielo sólo se pinte de nubes blancas como las flores de tu palio donde se asomen como en balcones esos hermanos que ya moran con el Padre Eterno.

Las horas transcurren lentas y rápidas de manera indiferente. Se consulta el reloj una y otra vez, como si quisiéramos consumir el tiempo en un instante. Casi ni almorzamos, sólo pensamos ya en vestir nuestro hábito nazareno y en caminar hacia nuestra fila, de forma anónima, con nosotros mismos y con Dios.

Llegamos al templo, nos despojamos del anonimato entre los nuestros y nos dirigimos a los pasos a comunicar con nuestros recuerdos, donde habitan todos nuestros ausentes, que hoy, Martes Santo también están entre nosotros, como cada año.

La cofradía, larga como la propia calle, sale rodeada de expectación y bullicio, hasta que llega Ella. Y con Ella llegamos todos, los que estamos y los que no. Los que la vemos y los que la sueñan en la tristeza de la



distancia del tiempo y la memoria. En Ella están los que somos y los que se fueron, porque en Ella se resume la verdad de la vida cofradiera.

Sí, busca al lado tuyo y encontrarás a quien creías que falta para siempre, y hoy está contemplando orgulloso cómo va a comenzar el triduo. El recuerdo es el único paraíso del que no podemos ser expulsados, pero es que a través del recuerdo se ha forjado la historia de las hermandades. Gracias a él y a nuestra fe en Ti. A Ti te miramos y en tu rostro, en tus ojos vemos a los que se fueron y ellos nos ven a través de ti.

Muchas veces, quien no cree, no quiere creer o tiene miedo a creer, que cualquiera sabe, porque creer es comprometerse y hoy en día el compromiso es un verbo que se conjuga poco; como digo, muchas veces esas personas nos intentan criticar e incluso mofar diciendo eso de “te quedas embobado mirando, ¡si es sólo una imagen de madera!”. Qué lejos están de la verdad. Ciertamente es una imagen de madera, en lo material, pero en lo espiritual y sentimental es el vehículo, la conexión directa con Dios. Pero no como un túnel físico que nos lleve hasta la contemplación del Altísimo, no. Es a través de las palpitaciones de tu corazón donde Dios habita y lo sientes al mirarla. Pero no sólo a Él contemplas cuando a Ella te acercas.

En Ella te ves tú en tu primer Martes Santo, túnica de la hermandad heredada de hermanos o primos, varita, tu madre cerca y la calle, que cómo suena la calle cuando vas de nazareno.

En Ella, te ves tú, de rodillas, ante su altar suplicando su auxilio, su apoyo en los momentos difíciles.

En Ella, ves el triste momento de traer las cenizas de tus seres queridos y los ves a ellos en Ella ahora, miradla y los veréis.

En Ella se ven lágrimas de un desalojo forzado por una inundación, o recuerdos de tardes primavera de la iglesia al puente camino de la Puerta de Carmona.

En Ella no sólo está lo material, la madera, el oro, el terciopelo, las bambalinas, la plata, la música, la cera, el olor a incienso, las flores. No, en Ella está lo inmaterial aquello que no se puede asir con las manos y que la mente se niega a concebir bajo su racionalidad.



En Ella, en definitiva, está Dios, están los que se fueron y los que llegarán.
En Ella está todo.



LA MEMORIA RECUPERADA

Carmen pasea cada día pensando que hoy tiene que hacer la compra, hablar con su marido de la casa del pueblo y llamar a su hijo Manolo para preguntar por sus nietos.

Carmen peina pelo de plata repujada con cepillo nacarado, reflejos de los años, nueve décadas ya acumuladas, años que han pasado como en un suspiro. Eso al menos piensa ella. Qué tiempos aquellos cuando llegó del pueblo con poco más que un hatillo acompañando a su Pepe, que las cosas en la ciudad seguro que van mejor. Años de hambre y penurias. Años en blanco y negro, el blanco de la cal de las paredes desconchadas y el negro color de los hábitos de las mujeres que recordaban a sus seres ausentes todos los días vistiendo luto, como si esa muerte no fuera castigo suficiente por injusta y hubiera que penarla para toda la vida.

Trabajo, trabajo, todo por los hijos y su Pepe, que no para de trabajar. Por eso Carmen pasea por los jardines al sol tibio de la incipiente primavera pensando que Pepe ya tiene que venir, pero mientras habla con sus amigas en conversaciones que son sólo monólogos, diálogos unipersonales, a pesar de que la apariencia es de charla fluida.

Carmen espera a Pepe, y a Manolo, y su Andrés, y a sus nietos. Y Carmen los ve cuando vienen a visitarla y les pregunta por sus hijos, y por esa mujer que le acompaña, que es la misma que viene siempre a verla, su hija, pero que para ella siempre es distinta, no termina de reconocerla en su mirada fija y escrutadora.

Carmen vive en su mundo más feliz y justo que el real. Porque ella tiene su verdadera Arcadia en el reino de su mente, en el que ella es la reina solitaria de una vida cargada ahora de sombras que vienen desde lo más recóndito de la memoria.

Los días transcurren como siempre, con la media sonrisa pintada, los paseos por el jardín y su mundo, real para ella y para quienes le acompañan. En las noches se despierta asustada. Qué habrá en la noche que hasta quien tiene perdida la realidad acaba enfrentándose a los más sufridos sentimientos. De la noche no se escapa nadie. La oscuridad todo lo llena, y ensombrece el



espíritu de Carmen que añora entonces sus verdes campos rurales y la luz del día a día en su jardín.

El tiempo pasa, la primavera llega. Las flores explotan. Y el ánimo se renueva. Y Carmen presiente que algo pasa.

Hoy no es un día normal. Sus hermanitas la han preparado como si fuera a una boda, “que dónde querrán llevarme”, se piensa Carmen que vuelve a excusarse diciendo que no puede ir, que tiene que esperar a su Pepe que estará a punto de llegar. Pero sus hermanitas la convencen contándole que hoy el día es grande, importante, que hoy hay una visita especial.

Y Carmen las sigue, con sus gafas de cataratas, su pelo de plata más peinado que nunca, su mejor vestido y se sienta a esperar. Y nota que algo ocurre, siente como entonces, de pronto, su memoria empieza a aclararse, que su corazón palpita con una llamada antigua, ancestral, que la trae al presente. Todo lo percibe tal y como es.

Ya no es sólo el calor del día, la luminosidad del sol que rebota en el albero y juguetea por el jardín. Ahora es también el olor, embriagador, penetrante, de aromas orientales que se mezclan con la colonia de Carmen y sus amigas.

Y Carmen despierta. Porque ahora sí, la ve venir, está llegando y ella se despierta. Sus ojos se clavan en esas flores de blancura nívea y en ese palio grana y oro, refulgente ante el sol del Martes Santo, y Carmen busca con su mirada anegada en lágrimas el rostro bello y doloroso de una madre. Ya Carmen sabe que Pepe no viene, que está con Ella. Que su Manolo se fue también con su Esperanza, pero además es consciente de la alegría que cada día le proporcionan sus Hermanitas, que serán de los Pobres, pero que en realidad son de los más ricos y dichosos espiritualmente.

Carmen ya la ve y en la Encarnación fija su mirada y sus rezos. Carmen la ve llegar envuelta en felicidad y ella se muestra feliz también.

Y es que la vida tiene muchas trampas, recovecos oscuros, momentos de tristeza y dureza. Pero gracias a la fe en Cristo y María, Carmen sabe que lo mejor está por llegar. Y con Ella se va Carmen, mientras su palio enfila el sol del Martes Santo vuelve a su mundo, a su realidad. En las hojas del tiempo queda para siempre la primavera de Carmen y su Encarnación. Su cofradía es como dijo Romero Murube: Es ella, su barrio, su casa, su padre,



su hijo, su placer y su dolor. Es su vida y su muerte. Es su Dios, y su Encarnación.



ESTRELLA-ENCARNACIÓN

Estamos terminando el recorrido, se vislumbra el final del acto, pero antes de concluir el mismo, permitidme que mi mente junto con mi corazón aprovechen el vuelo de la Palomita de Triana y viaje hacia ese barrio que la vio nacer. Ella vino envuelta en aromas de río, impregnó las calles de Triana con su dulzura desgarrada, reflejó su rostro en los azulejos de la cerámica más limpia del arrabal de más allá del río, pisó cada año adoquines de leyenda, paseó de la mano de su gente trianera por un puente de barcas oscuro e indeciso para volver a su barrio cada Viernes Santo. En Triana están sus raíces, tal y como se refleja en la fachada contigua del Convento de las Mínimas con un pequeño y coqueto retablo, que allí estuvo el Hospital de la Encarnación.

Y allí, cada día, hablaba con su hermana más dolorosa de Triana, su Estrella vecina de las Mínimas. Allí cada una se contaba las Penas de su alma y la alegría de su propia Sangre. Las dos abatidas por el llanto, de tez nacarada, con la congoja en el pecho, los ojos casi sin abrirse, sus cabezas caídas hacia la derecha y con un suspiro casi imperceptible que se escapa de sus labios. Porque ambas respiran. Fijaros bien y notaréis como el pecho de Encarnación y el de Estrella sube y baja en un constante ir y venir, latiendo a la vez que el de su gente, respirando con ellos. Y ambas, hermanas en su dolor y en su felicidad, han sido el reflejo de Triana en el dolor mariano.

Y hoy, en este día de la exaltación gloriosa de la Virgen de la Encarnación, hoy en escasos minutos que parecerán eternos, su hermana de dulzura de luna vuelve a su casa. Hoy quiero que en estas últimas palabras se vuelvan a unir y a sentir cercanas Encarnación y Estrella en un día inolvidable para el que les habla.

La que se aromó de nardos su belleza con la sangre más pura de Triana, la de mejilla de niña, la de inocencia llana, vuelve a su casa de San Jacinto para alegría y regocijo de todos.

Gozo y alegría para todos que quiero compartir con ustedes, ante la Encarnación de María, la Llena de Gracia, la Inmaculada sin pecado, blanca en armonía como la blancura de su ciudad, purísima e inocente, esa



Sevilla mariana que venera en Ella el nuevo trono de Dios, la Madre de la Divina Gracia, Encarnación Coronada.

He dicho.